

“Diversa de mí misma
entre vuestras plumas ando”:
Sor Juana*

MIGUEL VALERA HERNÁNDEZ

“No soy yo la que pensáis,
sino es que llá me habéis dado/
otro ser en vuestras plumas
y otro aliento en vuestros labios”.

La encontré sola en su celda de San Jerónimo.
Estaba de pie como en el cuadro de Juan de Miranda y no
sentada como la pintó Miguel Cabrera.

De pie, segura, convencida de que el tiempo se encargó de darle
su lugar en la poesía y en las letras novohispanas universales.

Sus asistentes me dijeron que durante la mañana la visitó don
Carlos de Sigüenza y Góngora con Salvador Novo, que había venido
a realizarle una larga entrevista Ludwig Pfandl y don Rafael Moreno,
que estaba realmente cansada pero que aceptaba recibirme.

De pie, me saludó diplomáticamente y me permitió, con corte-
sía, que observara la escena antes de soltar palabra.

Al fondo, un paisaje de libros. En el centro, una mesa; sobre la
mesa, un paño; sobre el paño, un libro y un tintero; en el tintero unas
plumas, y otros objetos: unas tijeras y un pliego con el soneto a la
Esperanza: Verde embeleso de la vida humana...

La figura de la monja destacaba en el cuadro con el que el
reportero se encontró. Su hábito es elegante y cae hasta los pies pero
no vela enteramente la fina cintura. La falda es de campana y termi-
na en una orla azul pálido. Con la mano derecha sostiene una pluma,
que levanta levemente para el saludo y con la izquierda acaricia las
cuentas de un rosario muy grande que hace las veces de collar.

El medallón de la Orden sobre el pecho parece un escudo.
Octavio Paz interpretó muy bien esa imagen: “la virgen poeta es tam-
bién virgen guerrera”.

Me miró profunda e inquisitivamente. Tenía quizá más pregun-
tas que yo, entre ellas si mi visita no tendría como finalidad tenderle
una trampa de fe entre la vorágine de historias que se tejieron alre-
dedor de su vida.

Y tenía razones para dudar. Quise aclararle que en efecto no era
enviado de don Antonio Núñez de Miranda, su confesor, el hombre
que quiso controlar su conciencia y que fue pieza clave en el com-
plot que terminó por coartarle su profundo deseo del conocimien-
to, por ser mujer y monja.

Don Antonio Núñez había cocinado ese polémico capítulo entre
el arzobispo de la ciudad de México, Francisco de Aguiar y Ceijas y el

obispo de Puebla Manuel Fernández de Santa Cruz, para destruir su
carrera creativa. Los personajes, enredados en Las finezas de Cristo
no habían sido propiamente muy finos con la monja de la orden de
las Jerónimas que sabía latín, teología, filosofía y que conocía a dedi-
llo pintado los escritores clásicos latinos y griegos.

Sin permitirle que me interrogara, porque aquí el periodista soy
yo, le lancé a bocajarro la primera pregunta.

—¿En qué sueña Sor Juana? ¿Cuáles son sus sueños más profun-
dos, cuáles han sido sus anhelos, cuál el leit motiv de su vida?

“Primero sueño. Sí, primero sueño y luego existo”.

—Eso me suena muy cartesiano.

“No creo. Algunos han querido ver a Descartes en mi método
pero no creo que sea así. Intuición y discurso son los métodos de la
tradición intelectual entera, por ser los únicos métodos posibles de
toda actividad intelectual pero el sueño del fracaso de ambos resulta
nada menos que el sueño del fracaso de todos los métodos del cono-
cimiento humano y de la tradición intelectual entera. El sueño todo
lo posee y el alma queda suspendida del exterior gobierno. El sueño
es el punto de partida para el viaje intelectual del alma pero al final,
por acercarse al sol se le queman las alas y fracasa”.

—¿Quiere decir que su sueño es un sueño del fracaso?

“Del fracaso intelectual. No olvide que “Primero sueño” fue el
único poema que no hice por encargo. Claro, escribí muchas cosas
que al final destruí pero en este poema centro mis afanes por el cono-
cimiento, la represión que viví durante toda mi vida por ser mujer. Ésa
es mi intención capital: dar expresión poética a la experiencia funda-
mental de mi vida, la del fracaso de mi afán de saber”.

—¿Por eso la figura mítica de Ícaro al final del poema?

“Es una proyección natural. Ícaro era hijo de Dédalo y de una
esclava del rey Minos, de nombre Neucrate. Minos confinó a Ícaro y
a su padre en el laberinto de Creta. Para escapar Dédalo fabricó dos
pares de alas construidas con plumas y unidas con cera. Dédalo y su
hijo lograron escapar volando pero Ícaro se acercó demasiado al sol,
la cera se derritió y las alas cayeron con Ícaro al mar. En este perso-
naje estoy representado de alguna manera”.

—Entonces no se puede llegar al conocimiento...

“Como mujer, en mi época, era más difícil llegar al conocimien-
to. Aristóteles decía que ‘todos los seres tienden por naturaleza al
saber’. Es decir, todos somos capaces del conocimiento pero mi
escepticismo, bien lo podríamos llamar ‘feminista’, una palabra que
se puso muy de moda en otra época, claro, no en mi época”.

Vehemente, solemne, contundente, la Décima Musa añade: “Mi
sueño es un sueño de decepción. Mi sueño es un sueño creado en
vigilia, un sueño poético: es la poetización como sueño del sue-
ño vital fracasado. Pero por fingido, creado o poético no resulta
precisamente falso, sino todo lo contrario: superlativamente verda-
dero, con la verdad que hay en trasponer y exponer como sueño la

concepción de la vida entera como sueño y la experiencia del afán de saber como sueño”.

La poetisa fabula, finge, soñar lo que ha vivido bien despierta: que el afán de saber es un sueño, una quimera, como mujer perseguida y acosada en sus empeños de conocimiento.

Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana Gonzales y España se detiene. No sabe si el reportero ha podido pescar el sentido de todas sus palabras.

Se voltea al escritorio donde descansa el Soneto “Verde embeleso de la vida humana”. Me mira profunda y cariñosamente, quizá compasivamente, y me lo lee de un tirón.

Verde embeleso de la vida humana,
loca Esperanza, frenesí dorado,
sueños de los despiertos intrincado,
como de sueños, de tesoros vana;

alma del mundo, senectud lozana,
decrépito verdor imaginado;
el hoy de los dichosos esperado
y de los desdichados el mañana:

sigan tu sombra en busca de tu día
los que con verdes vidrios por anteojos,
todo lo ven pintado a su deseo;

que yo, más cuerda en la fortuna mía,
tengo entre ambas manos ambos ojos
y solamente lo que toco veo.

“Ahí hay más explicaciones. Le voy a dar una copia para que la publique y ojalá escriba todo lo que digo. Se han escrito muchas cosas de mí pero le aseguro que nada me dibuja tal cual porque No soy yo la que pensáis,/ sino es que allá me habéis dado/ otro ser en vuestras plumas/ y otro aliento en vuestros labios”.

Los temas son inabarcables pero la religiosa se ve cansada. No es para menos, sus batallas no fueron pocas.

Su vida –también ya lo había comentado Octavio Paz– es el contraste barroco, no en el modo dramático sino en el melancólico, entre el ser y el parecer, resuelto en el desaparecer.

Si bien en sus escritos la vemos vivaz, ingeniosa y juguetona algunas veces, otras atravesada por ráfagas de sombra, expuesta a todos los vientos, a ratos luminosa, otros aborrecida. La razón y la sensibilidad se enlazan en ella, se querellan y vuelven a enlazarse como amantes celosos.

Los poemas de Sor Juana nos revelan lo que nos esconden los retratos de De Miranda y Cabrera: la realidad no es la representación

teatral –la erudición, el ingenio, la fama, el mundo– sino la soledad y sus torcedores.

Su imagen es imagen de la contradicción: fue expresión acabada y perfecta de su mundo y fue su negación.

Su amabilidad le impide decirme que la entrevista concluyó, que aún tiene que escribir algunas rimas y redondillas.

Le pido me conteste una última pregunta. Sus ojos negros, grandes y redondos asientan.

–Quizá sea una pregunta difícil pero tiene que ver con toda su vida. ¿Sor Juana Inés de la Cruz fue feliz?

Me miró con ternura. Sabía que era una pregunta clave, fundamental. Buscó entre su escritorio unos papeles y de un legajo sacó un poema. Es un romance. No sé exactamente cuándo lo escribí pero le voy a leer tres estrofas de cuatro versos cada una:

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato;
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario,

que pues sólo en la aprehensión
dicen que estriban los daños,
si os imagináis dichoso
no seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
alguna vez de descanso,
y no siempre esté el ingenio
con el provecho encontrado.

No me dijo más. Con la mano me mostró la puerta y ya su criada estaba atenta para llevarme a la salida de la celda de dos pisos en el convento de Santa Paula.

Mientras avanzaba en la calle, en esa naciente ciudad –que como dijera Antonio Rubial estaba llena de deseos, de palabras, de imágenes, de identidad, magia y religión– pensaba en la vida de la monja, en su inmensa obra literaria y en la angustia que seguramente le rodeó durante toda la vida por adelantarse majestuosamente en su tiempo en el campo de las letras hispánicas.

valeramk@hotmail.com

*En la entrevista de ficción el escenario, la recreación y el manejo del género pertenecen al autor. Sin embargo muchas frases puestas en boca de la poeta fueron tomadas íntegras de Octavio Paz, Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe, Seix Barral, Planeta, 1985, p. 357 y José Gaos, “El sueño de un sueño”, en Cultura, ideas y mentalidades. El Colegio de México, 1992. Colección Lecturas de Historia Mexicana, p. 40. No se colocó referencia a pie de página o aparato erudito, para seguir el formato periodístico.